

París, sin sospechar que acababan de meterse en la boca del lobo.

III

Que comienza bien, prosigue mal, y termina admirablemente.

Lo que tan fácilmente habían prometido era difícil de cumplir. En ayunas los dos diestros diéronse cuenta de que no podían ausentarse del palacio de Nevers por la noche sin el consentimiento de Chaverny, pues aunque el Marquesito no era su señor, representaba interinamente á Lagardère, y ni al gascón ni el normando estaban dispuestos por nada á incurrir en el desagrado del parisiensito.

—¡Voto á bríos! ¿Cómo haremos?

—¿Cómo haremos?—repitió como un eco Passepoil.

Ambos se sentían detenidos por el puntillo de honra del hombre de armas á quien confían un puesto que guardar; pero ardían en deseos de ir á la taberna, y buscaban ansiosos un subterfugio.

—¡Y ese maldito Chaverny vá á enviarnos á paseol

—¡Y no nos dejará salir!

—¡Busca un medio, Passepoil!

—¡Búscales tú, Cocardasse!

—No hallo más que uno..., y me parece malo.

—Dilo. Entre los dos, ¡tripas de un ciervo! quizás lo hagamos bueno.

Cocardasse no sospechó que su compañero pudiera chancearse.

—Escarlar los muros cuando todos duerman, y...

—Laho vela toda la noche. Además, las puertas de la ciudad estarán cerradas... ¡Busca otro medio, Cocardasse!

—¿Por qué no le buscas tú?

No hubieran cavilado tanto á tratarse de asesinar al Regente.

—No podemos decir al Marqués que vamos á la *Cueva Hedibonda*.

—¿Estás loco, pequeño? Más valdría pedirle permiso para ir á cantar maitines á los Franciscanos.

—Entonces..

—¡Sangre de Cristol Digámosle que vamos al teatro.

—¡Bravo, mi noble amigo! ¡Ha sido una idea genial! Pero ¿y si nos pregunta mañana qué es lo que hemos visto?

—¡Voto á sanes! ¡Pierdes la cabeza, Ama-

ble! ¿Hay más que decirle que no había ya localidades?

—¡Eres un grande hombre, Cocardasse!

—Siempre me lo han dicho así, Amable. ¡Vamos!

Pusiéronse incontinenti en busca del Marqués, persuadidos de que estaba ganada por adelantado su causa. Pero una vez en su presencia parecieron apostar tácitamente á quién no hablaría. Los dos daban vueltas á sus sombreros y se empujaba con el hombro mutuamente, invitándose á dar explicaciones. Chaverny se echó á reir y preguntó:

—Veamos: ¿qué demonios tenéis que decirme?

El normando se aventuró á responder:

—Es que quisiéramos irnos á la Ópera.

—¿Á la Ópera vosotros? ¿Y cuándo?

—Esta noche.

El Marqués soltó la carcajada. Luego pareció reflexionar y replicó:

—Pues, amigos, habéis escogido mala noche, porque hoy no hay función en la Ópera.

Los dos diestros se miraron consternadísimos. Su plan, tan laboriosamente combinado, flaqueaba por su base, y ya no les quedaba pretexto que invocar.

—Hablad francamente—dijo el Marqués,

interpretando su turbación á su manera.—¿Tenéis que vigilar á alguien?

Fué un rayo de luz para Cocardasse, que se agarró ansioso á aquel cable que le tendían.

—¡Mal pecado!—exclamó.—¡Este M. de Chaverny es un adivino!

Pues bien, sí, ¡cuernos de Lucifer! ¡Eso es! Hemos visto ayer dos cabezas que nos recuerdan algo, y deseáramos saber en qué se ocupan por la noche.

—Eso me basta. Idos; pero prudencia: nada de riñas ni de escándalo. Y mañana me diréis lo que haya.

Exactamente al mismo minuto cuatro hombres á quienes conocemos se preocupaban mucho de Cocardasse y Passepoil en una taberna de la calle Guisarde: Gendry, el *Ballena*, Pinto y Luján.

—El mejor medio para entrar en una parte—decía el primero—es matar los perros que la custodian. Una vez que acabemos con esos dos, los otros no serán de cuidado.

—Hay que tener cuidado con sus mordeduras—dijo el segundo.—Esos perros tienen colmillos muy fuertes.

—Lo principal lo haremos nosotros—replicó Luján, muy ufano por mostrarse á la altura de su misión y probar que si no tenía bastantes años, sobrabanle valor y audacia.

Os los llevaremos sin desconfianza alguna hasta el albañal—añadió Rafael Pinto,—y por lo menos uno de los dos estará borracho.

—Cuando Cocardasse se bate—objetó el *Ballena*, siempre prudente—recobra la serenidad como por ensalmo.

—Si no sois capaces los dos de arrojarlos al albañal vivos ó muertos, nosotros os ayudaremos—dijeron los jóvenes.

—¡Voto á Lucifer! ¡Pollitos—exclamó Gendry,—haremos algo de vosotros! Queda convenido. Cuando salgáis de la taberna os seguiremos primero á veinte pasos, y en el momento oportuno os alcanzaremos.

El *Ballena* soltó una carcajada fúnebre.

—¡Dos estocadas por la espalda, y pin, pan! ¡Cocardasse habrá bebido su último trago—dijo!

Los bandidos se concertaron aún algunos instantes, y separáronse las dos parejas para dirigirse á las dos tabernas rivales de *La Granja Batelera*. Estaban tanto más seguros de conseguir lo que se proponían, cuanto que en caso de apuro les bastaría dar una voz para obtener el socorro de varios malandrines de los *Sacamantecas*.

Contaban sin la casualidad, árbitro de los sucesos. El hombre propone, y Dios dispone; y con frecuencia Dios se vale de la mujer

como instrumento para realizar sus planes. Gualter Gendry habíase propuesto quitar la vida á los dos diestros; pero fueron las actrices y bailarinas de la Ópera las que dispusieron.

Así es el mundo.

Quizás se asombren los lectores de que éstas se encontrasen con aquéllos, puesto que aquella noche no había función, y además, sabemos que Cocardasse y Passepoil no tenían la menor intención de ir á la Ópera, y que no había la más insignificante relación entre las sacerdotisas de Terpsicore y los dos diestros. Sólo las montañas no se encuentran; pero los espadachines y las bailarinas que se van por esos trigos de Dios de holgorio, alguna vez han de poder hallarse frente á frente.

Ya dijimos que la Nobleza no se aventuraba por el lado de la *Granja Batelera*, y la burguesía mucho menos. Sin embargo, hay cabezas destornilladas que se meten en las peores aventuras con despreocupación sin igual.

Un grupo de bailarinas y actrices, capitaneado por la Neville, que se aburría desde que ya no tenía á Oriol para hacerle blanco de sus farsas, y que habían sido compañeras de orgías, puesto que tenían que ver con Gonzaga y sus enrodados, decidieron aquella tarde ir al albañal de Montmartre en dos carrozas de alquiler. Desde hacía tiempo se mostraban inco-

rruptibles á las seducciones de los concurrentes al coliseo, como si estuviesen pletóricas de desprecio por el sexo fuerte.

La partida fué muy alegre. Las damas se divertieron muchísimo, y Cidalisa se puso más que alegre. Al ir á regresar observaron que uno de los cocheros estaba casi ebrio. Á poco de echar andar se metió en un lodazal, y tras que estuvo á pique de volcar el carruaje, salpicó de lodo á las cuatro damas que iban en él. La jira amenazaba terminar mal. La carroza sufrió algo por el golpe. La otra podía haber llegado en poco tiempo á París y regresar á buscar á las demás; pero la Nivelle no lo consintió.

—Todas juntas vinimos, y juntas volveremos.

Sus tres compañeras de carruaje, también manchadas de lodo como ella, fueron de la misma opinión y se impusieron.

—¡Bueno!—dijo el cochero emborrachado después de arreglar correas y arneses.—¡Ahora trataremos de ir derecho!

—¡Derecho y aprisa!—ordenó la Nivelle.

—¡Ah! ¡Lo que es eso, va á ser más difícil! El mejor medio de llegar á París es ir al paso.

Y dando trompicones comenzó á rodar la carroza, seguida de la que estaba en perfecto es-

tado. La Luna no podía atravesar la niebla con sus débiles rayos, y los reverberos brillaban por su ausencia. Hacía un rato que parecían rondar á poca distancia de los carruajes unas sombras movibles y sospechosas: algunas de ella se aventuraron á pasar muy cerca de los vehículos y á mirar al interior. Algunas de aquellas damas, por excepción, eran ó se creían valientes; pero la mayoría comenzaron á temblar al aproximarse aquellos mal encarados personajes, y lamentando la imprudencia del paseo, juraron no volver más á la *Granja Batelera*, si acaso escapaban con vida.

Todas se dieron cuenta del peligro, y la alarma fué general. Con uno de los cocheros no podían contar; el otro parecía poco valiente, y todo lo más que haría sería echar á galope los caballos, aunque precipitara carroza y tronco en alguna sima ó en el albañal. En esto un silbido repetido las heló de espanto. Una docena de hombres se precipitaron á sujetar por las bridas á los caballos, y cuatro de ellos destacáronse á las portezuelas diciendo:

—¡Jóvenes, la bolsa en primer lugar! ¡Después veremos!

—¡Y son preciosas las palomas!—exclamó uno.

Cidalisa, que dormía la mona, abrió un ojo y dijo:

—¿Que escándalo es éste? ¿Queréis dejarme dormir?

Ninguna tuvo ánimos para pedir auxilio; solo la Nivelles acertó á gritar:

—¡Socorro!... ¡Atacan á unas mujeres!

Una mano ruda y grande le tapó la boca y la obligó á sentarse: en un momento fué amordazada con sus propias ropas, y los bandidos comenzaron á registrarlas y despojarlas de joyas y dinero.

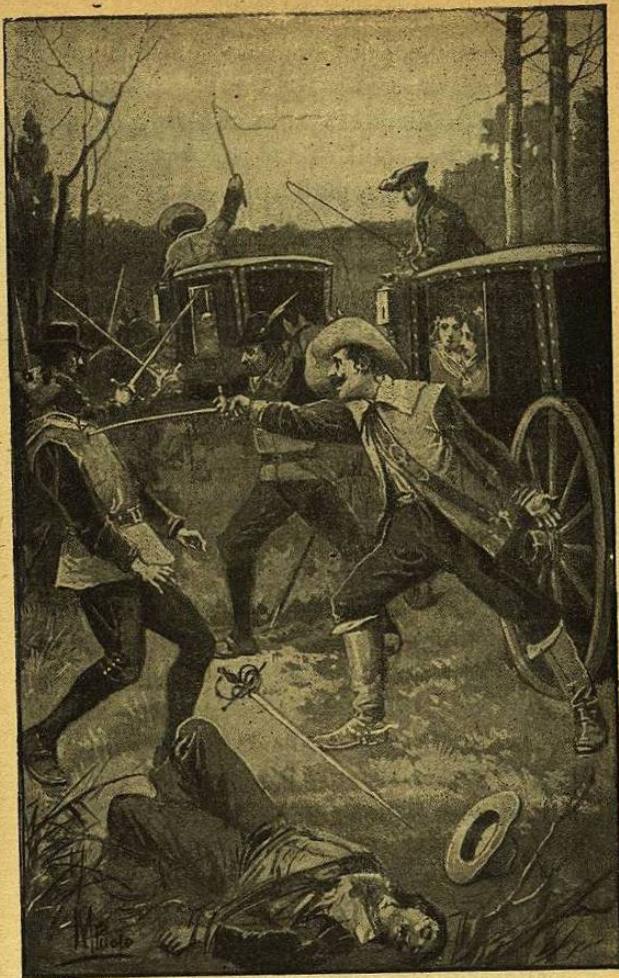
El júbilo de los vencedores fué de corta duración.

La Luna acababa de traspasar la bruma con tenue claridad, pero suficiente para distinguir lo que sucedía, y á dos ó tres chillidos de angustia contestó un juramento formidable.

—¡Cuernos de Satanás! ¿Bailan por aquí? ¡Ánimo! ¡Aquí estamos, hermosas!

Y dos hombres cayeron á tierra heridos por los costados. Tres ó cuatro huyeron, y los demás, que no querían perder su presa, se apercibieron á la defensa. Eran media docena los que hacían cara á Cocardasse y á Passepoil, que al ir á la taberna donde estaban citados tropezaron con aquel incidente.

—¡Vive Dios!—les gritó el gascón al verlos enfrente y espada en mano.—¿Os gusta la carne fresca, pollitos? ¡Pues no es para los hijos de



¡Ánimo! ¡Aquí estamos, hermosas!

las gallinas, y á fe de Cocardasse, que ésta no os la comeréis vosotros!

—¡Ni siquiera la probaréis!—añadió melosamente Passepoil.

—¡Cocardasse y Passepoil!—exclamó la Nivelles, á quien había libertado la Fleury.—¡Los dos maestros de la cena de Gonzagal!

—Los mismos, hermosa, para servirlos. Y ahora veréis cómo el hermano Ámable y yo sabemos defender á las damas.

—¡Estamos salvadas! ¡Animo, amigos! ¡Libradnos pronto de esa canalla!

Todas ellas, bastante tranquilizadas, se amontonaron á las portezuelas para presenciar el combate y alentar á sus defensores. Alguna hasta recordó una oración de las aprendidas en su infancia, para rezarla entonces.

—¡Cuernos de Satanás!—decía burlonamente el gascón, que tenía la loable costumbre de manejar al mismo tiempo y con igual agilidad la lengua y la espada—¡Tenéis demasiados agujeros en vuestra ropilla, y es lástima haceros más! ¡Á bien que los que ahora os hagamos los taparemos con hierro! ¡Comencemos el baile para reirnos un poco!

—Si lo tenéis á bien—corrigió el normando, siempre cortés.

Adosados á una de las carrozas para evitar que los sorprendieran por la espalda, comenza-

ron á atacar: el chis-chas de las espadas casi no se oía, á causa de la robusta voz de Cocardasse que no cesaba de resonar.

—¡Mal pecado! ¡Ahora voy á ajustarte tus cuentas! ¡Tú, gigantón! ¿Cuál de estas hermosas es la que habías elegido? Dilo pronto, para que pueda echarte un beso antes de que te envíe yo al otro mundo. ¿No quieres? ¡Peor para tí! ¡Al Diablol

El gigantón cayó, echando toda su sangre por la boca.

—¡Atacar á unas damas flores de bellezal—decía escandalizado Passepoil—¿Tripas de un ciervo! ¡Los cobardes no contaban con nosotros!

Y otro hombre midió el suelo, herido de una estocada en pleno pecho. Los otros cuatro se apretaron y trataron de acabar con los dos entrometidos; pero un tercero, herido en la frente, cayó de bruces.

—¡Así obligo yo á los villanos á saludar á las damas!

Por una casualidad el lance no estaba dirigido por Blancrochet y Daubri, las dos mejores espadas de la asociación de los *Sacamantecas*, y así se explica la facilidad con que triunfaban los dos diestros. En breve no quedó más que un malandrín con vida, y éste, por no hacer compañía á sus cofrades, puso pies en pol-

vorosa. Las damas bajaron, y extremaron sus demostraciones de agradecimiento.

—Ahora, tortolillas—dijo el gascón,—el camino está libre. Podéis ir tranquilamente á París, mientras nosotros proseguimos nuestro paseo.

—¡Nada de eso!—objetó la Nivelle.—Nos habéis salvado, y os robamos. Alguna vez se habían de trocar los papeles. Además, que podemos ser atacadas de nuevo. ¡Venid!

Los diestros se rascaron las orejas respectivas.

—¡Diablo!—replicó Cocardasse—Es que...

—Sí; es que...—repitió perplejo y como un eco el normando.

Las damas insistieron de tal modo, que Passepoil comenzó á flaquear en su decisión, y acabó por arrastrar á su compañero á acompañar á las artistas. No opuso, pues, resistencia para dejarse meter en la carroza, y Cocardasse tomó asiento en el segundo vehículo, pensando que las actrices de la Ópera representaban algo aquella noche, no obstante haber afirmado Chaverny lo contrario.

La historia dice que llegaron sin otro tropiezo alguno á París; pero en ninguna de las *Memorias* de aquella época—los dos diestros no tuvieron tiempo de escribir las suyas—se dice palabra del fin que tuvo la aventura que aca-

banos de relatar. Sólo conjeturamos que no debió de ser un final desagradable en lo más mínimo, porque ni Cocardasse ni Passepoil tuvieron nunca la menor palabra para lamentarse de él. Al contrario.

IV

Chismes y cuentos

Volvamos nuestra atención por unos momentos á dos antiguos conocidos; á Francisca Berrinchón, á la cual hemos dejado consumirse con sus cacerolas mientras Lagardère buscaba á su novia en España, y á su nieto Juan María.

Hemos conocido á éste simplón, cándido, parlanchín y dejándose fácilmente engatusar por las comadres de la vecindad, á quienes contaba todo lo que sabía, creyendo de buena fe que les tomaba el pelo. Pero ya se sabe el poco tiempo que requiere para transformarse un bobalicón de catorce ó quince años en un pilluelo parisiense descarado y socarrón. Con no tener mucho que hacer, la ciudad por campo de experiencia y algunos amigotes en el arroyo, cátese efectuada la transformación.